



## LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

### TASSO

#### VII

Un elemento precioso desaprovechó Tasso para su poema: el bíblico y evangélico, en que Milton y Klopstock hallaron tan pura fuente de inspiraciones. A ningún asunto mejor que al de Tasso le convenían como modelo y fuente de hermosura los Santos Libros. Los recuerdos é imágenes que anegaban en llanto tierno las pupilas de los cruzados; la mística embriaguez que comunica el divino aroma de las colinas y valles de Belén y Betania; la grandeza del monte Tabor, alumbrado con un reflejo de la transfiguración gloriosa, en cuyos árboles murmura la brisa cláusulas del sermón inmortal; las ondas claras del Jordán, puras como el bautismo que redime, y el fétido seno del mar Muerto, negro y desolado como la ira y el castigo; los cristales regeneradores del arroyo de Siloe y las olas agitadas del mar de Galilea, en que

arrojaron sus redes los pescadores de hombres, y que sirvieron de alfombra á los tranquilos pasos del Nazareno; el *Via Crucis* regado con sangre, lágrimas y sudor de angustia de la víctima inocente; el Calvario, cuyas rocas hendió y despedazó la naturaleza en la convulsión de horror que le produjo el espectáculo de la muerte del Justo; las cercanías de la cueva abierta en la viva peña, por donde caminaron en silencio y llorosas las santas mujeres para hacer duelo por el que ya alzara su losa sepulcral; todas las memorias, en suma, que despiertan tales lugares, invocan, llaman y convidan al poeta. Quien mire desde las altas colinas la perspectiva de Jerusalén, ha de recordar las terribles y vibrantes profecías, las lamentaciones, los destinos vaticinados á la sacra y deificada ciudad; el que recorra los valles de Palestina, creará escuchar las enamoradas frases de la esposa de los Cantares, y ver florecer la vid, y madurar el dulce fruto de la higuera, y exhalar aroma los nardos y las mandrágoras fragantes, y arrullarse las tórtolas quejumbrosas en los troncos y en los huecos de las piedras. Porque la tierra de Israel tendrá siempre el colorido que le prestó la Biblia: será eternamente el país de las tradiciones, y la contemplaremos, á pesar de cuantas vicisitudes la modifiquen, con los ojos de Salomón, de David, de los Profetas y de los Evangelistas.

Mas no era este el criterio literario de la época de Tasso. Acudir á las formas bíblicas parecería sacrilegio, cuando los dioses del



Olimpo, las pastorales é idilios paganos, los clásicos de Grecia y Roma se entronizaban. A decir verdad, la actual generación literaria demuestra en este respecto más escogido gusto. Los mismos escépticos, los que, como Renán, someten la Biblia á las torturas de temeraria y herética exégesis, no desconocen la belleza sublime de las páginas sagradas.

Comienza el poema de Tasso con la sabida invocación á la musa parnasiana, invocación que había suprimido Dante con tan buen tino. Y al empezar, ya confiesa Tasso la que ha de ser mayor falta de su obra, implorando el perdón de la musa cristiana, que

.....  
Su nel cielo infra i beati cori  
Hai di stelle immortali aurea corona <sup>1</sup>

(Ger., C. I.)

por el propósito que le anima de pedir adornos y galas al genio de la ficción. Este genio es, en efecto, el que inspira los más galanos trozos de *La Jerusalén*, como veremos. Invocando en su descargo el espíritu del siglo, el carácter frívolo y exterior de la poética de su edad, añade Tasso una bellísima y célebre octava:

.....  
Sai che là corre il mondo, ove più versi  
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso,  
E che il vero condito in molli versi  
I più schivi, allettando, ha persuaso.

<sup>1</sup> «Que arriba, en el cielo, entre los coros bienaventurados, cifre áurea corona de inmortales estrellas.»

Così al egro fanciul porgiamo aspersi  
Di soave licor gli orli del vaso:  
Succhi amari ingannato, intanto, ei beve,  
E dall'inganno suo vita riceve <sup>1</sup>.

(Ger., C. I.)

He ahí la profesión de fe de Tasso. Alegoría y suaves versos á fin de vestir y aliñar un concepto filosófico abstracto; artificio y enredo para dar forma armoniosa y artística á la narración de los sucesos históricos. La verdad ataviada, compuesta, revestida de pompa y aparato. Este criterio estético, en apariencia atinado y feliz, no suele ser en la práctica muy fecundo.

Al hablar de *La Jerusalén*, claro está que nos referimos á la primera, *Gerusalemme liberata*, única que ha pasado á la posteridad como monumento de la gloria de Tasso; pues la *Gerusalemme conquistata*, fría refundición en que Tasso se ajustó nimiamente á las exigencias de la crítica, hoy es tan sólo una curiosidad literaria. Acatando Tasso el fallo de los aristarcos de su tiempo, que ni pecaban de ignorantes ni de poco diligentes, logró mutilar y estropear de lastimosa manera el poema primitivo, y á no ser por la feliz indiscreción de los

<sup>1</sup> «Aprende que el mundo corre adonde vierte sus dulzuras el halagüeño Parnaso; y que los más esquivos se han dejado persuadir por el atractivo de la verdad, aderezada con suaves versos. No de otro modo ponemos al enfermo niño untado de grato licor el borde del vaso; así bebe engañado el amargo zumo, y de su engaño recibe vida.»



que, sin permiso del autor, lo publicaron, logrando que se generalizase y reprodujese en su forma primera, acaso no tendríamos hoy poema caballeresco: tal era el empeño de Tasso en destruir su hermosa obra, poniendo en su lugar un descarnado esqueleto. Al ver cómo se obcecó y se dejó dominar por ajenas preocupaciones un genio tan preclaro como Tasso, nos sentimos inquietos por el porvenir, imaginando si no derrocarán nuestros biznietos con risa los altares que deje la generación presente erigidos en honor de algún nuevo Baraballo.

Cuantos cambios, arreglos y reformas introdujo Tasso en *La Jerusalén* fueron desacertados y funestos: todos pararon en suprimir algún interesante episodio, en alterar el diseño de algún carácter, en cortar el vuelo lírico de alguna estrofa. En suma, Tasso, al rehacer su poema, deshojó la pomposa flor de su gallarda poesía, dejando solamente espinas y tronco. Es en rigor la *Jerusalén conquistada* obra más correcta quizá que la *Libertada*, pero con trabajosa, árida y mezquina corrección, sin gracia, sin hechizo, sin arrebató. Y la gracia es cualidad distintiva de Tasso, como la energía de Dante. Gracia melancólica, subjetiva, que carece de la armoniosa serenidad de Milton, mostrando, por el contrario, á despecho de la majestad épica, cierta afeminación y languidez tierna, reveladora del exaltado lirismo que siempre dominó á Tasso.

La acción de *La Jerusalén* no ofrece todo el dramático interés que debiera, por culpa del

empeño del poeta en sujetar la realidad á la intención simbólica. Al paso que en la *Iliada*, por ejemplo, estamos pendientes de la cólera de Aquiles, de los lances varios del sitio, y, sobre todo, del cambio que va á verificarse en el corazón del hijo de Tetis cuando le traigan á su caro amigo afeado con el polvo y la sangre del combate y cubierto con la palidez de la muerte; mientras el vate ciego de Esmirna, á la distancia de tantos siglos y á pesar de de describir tiempos y sentimientos tan arcaicos y extraños á nuestra vida actual, nos causa siempre la impresión de la realidad, de la naturaleza misma, en *La Jerusalén* se transparaenta el artificio, se ve la trama, se advierte que el poeta agrupa figuras y sucesos de manera que correspondan con lo que trata de demostrar. Y la ilusión fallece al percibirse que el efecto fué de antemano combinado. Adivinamos desde luego que en el combate que, bajo forma de cristianos y sarracenos, libran los espíritus del bien con los genios malignos, los primeros han de salir victoriosos. El ángel Gabriel, que desde el primer canto es enviado por Dios á excitar á Godofredo á la toma y redención del Sepulcro, no cruzará en balde el luminoso éter.

No cabe duda: la idea del triunfo final del bien es el concepto épico más alto; y desde Homero, que purifica y eleva gradualmente el carácter de Aquiles, hasta Dante, que asciende en espíritu los peldaños de la escala de la verdad, llegando á la mística efusión en la Luz



suprema, todos los grandes poetas han cantado himnos de triunfo al alma humana, que, vencedora, se levanta á sus sublimes destinos. Mas es preciso, para que la poesía llene tan noble fin, que no parezca que quiere enseñarnos, sino que tan sólo nos mueva, con la contemplación de la belleza, á sentir el puro deleite de la verdad. El poema de Tasso es demasiado intencional: el poeta quiere desarrollar una tesis, y para ello, como objeto secundario, apela á la poesía. Lo que no significa, no sirve. Si Reinaldo se prende en las redes y lazos de Armida, es para que rompa después su engañosa cadena; si le fascina la selva mágica, es para que deshaga su encanto; si tenaz sequía convierte el cielo en bóveda de bronce, es para que la ablande y derrita la plegaria de Godofredo; si Reinaldo da airada muerte á Fernando, es para mostrar los efectos de la pasión de ira, y preparar los demás deslices y pecados del héroe. La empresa de la Cruzada y el interés vivo y ardiente de la cristiandad por el éxito de la guerra son pospuestos á la enseñanza moral y filosófica que á toda costa quiere el poeta deducir de la acción.

De suerte que lo más animado y palpitante de *La Jerusalén* son los episodios en que la fantasía de Tasso vuela rápida y libre. Los personajes accesorios, los incidentes que con mayor ó menor causa intervienen en el poema, le dan encanto y vida. El héroe principal, Godofredo, apenas logra destacarse de entre la multitud de figuras secundarias que pululan en la epopeya,

bien como el Entendimiento ó Intelecto, que el noble caudillo simboliza, se enturbia y vela con las representaciones sensibles. No obstante, en su apacible serenidad, en su majestuosa calma, es bella la figura del cristiano campeón, fuerte cual indomable atleta, virgen y puro cual ascético monje, pío y firme cual mártir de los tiempos heroicos; superior al desaliento y á la tristeza en los reveses, y al regocijo en las victorias. El Agamenón de la *Iliada*, rey de reyes, siempre á merced de las intrigas y reyertas del campamento, inclinándose ante el orgullo de Aquiles, ante la caprichosa condición de Ajax, aparece muy inferior en dignidad á la augusta figura de Godofredo. Godofredo es el sentido moral del innumerable ejército cruzado; es el perfume divino, es la azucena blanca que descuella en el campo, irguiéndose entre el polvo de las batallas y el vaho de la sangre. Quizá la ideal calma de Godofredo le eleva sobre la esfera humana y le aleja de nosotros: acaso el perfecto paladín es menos dramático que el culpable Reinaldo; pero Godofredo, como la Beatriz del Dante, es el lazo que une á la tierra con el cielo, y la atmósfera celeste en que respira ciñe á su frente aureola de beatitud.

No es dable narrar canto por canto el asunto de *La Jerusalén*, refiriendo los mil incidentes y escenas que con él se enlazan. Pero en sucinto resumen, se reduce la acción principal á que el Angel del Señor, apareciéndose á Godofredo de Bouillón, le excita á que sacuda la inercia en que yace dentro de los muros de Tor-



tosa<sup>1</sup>, y á que con brío intente de nuevo la toma de Jerusalén. Llamando entonces Godofredo á consejo á sus guerreros, decide romper las hostilidades; cerca á Jerusalén, y después de mil riesgos y obstáculos que los poderes del Infierno le suscitan, vencéndolos con la ayuda divina, da el asalto final y penetra por fin en la ciudad ansiada, colgando sus armas como trofeo en el Santo Sepulcro. Esto es lo que rigurosamente constituye el argumento de *La Jerusalén libertada*. Mas así como un primoroso tejido no halaga los ojos hasta que por cima de la trama lanza el tejedor nudos y lizos de rica seda, de matices varios y brillantes, así el encanto de *La Jerusalén* reside en los episodios que bordan y realzan el sencillo fondo del asunto.

El episodio de Olindo y Sofronia se considera de los más interesantes y dramáticos. Si Tasso intentó pintarse á sí propio en aquel misero amador, que

.....  
Brama assai, poco spera, e nulla chiede...<sup>2</sup>

(Ger., C. II.)

fuerza es confesar que dibujó su propia imagen con rasgos delicados y conmovedores. La historia de Olindo se desarrolla con animación y movimiento, con originalidad é idealismo. Supone el poeta que habiendo Ismeno, mago de

1 Antorada de Fenicia.

2 «Desea mucho, espera poco, y nada pide.»

Jerusalén, que por orden del rey Aladino ejercía perniciosos conjuros contra los cruzados, arrebatado para sus encantamientos una milagrosa imagen de la Madre de Dios venerada con extremo de los cristianos que en la ciudad residían, y habiéndola colocado, para escarnerla, en la mezquita, los fieles, nocturna y cautelosamente, sustrajeron el nuevo Paladio, ocultándolo donde no pudiera ser ofendido de incrédulos; por lo cual Aladino, furioso al ver que no acierta con la imagen, ni con el reo del piadoso secuestro, ordena una hecatombe general de cristianos.

.....  
Sù, sù, fedeli miei: sù via prendete  
Le fiamme e l'ferro, ardete ed uccidete.<sup>1</sup>

(Ger., C. II.)

Vivía á la sazón en Jerusalén una doncella cristiana, llamada Sofronia, de gran belleza, de altos pensamientos, de austeras costumbres, solitaria y apartada del trato. Esta, pues, decidida cual otra Judit á inmolarse por su pueblo, se presenta á Aladino declarándose culpable de la desaparición de la imagen. «¡Magnánima mentira!», exclama el poeta: «¡dónde habrá verdad tan bella que á ti pueda anteponerse!», La heroica virgen, interrogada por el monarca, contesta con firme sencillez, y es sentenciada á

1 «Sus, sus, hola los míos: sus, vengan aquí el fuego y el hierro: quemad y exterminad.»



morir en la hoguera. Ya la han arrancado manto y velo, atándole las manos con recias cuerdas, y apilado leña seca en torno suyo, cuando Olindo, mancebo de la ciudad y cristiano también, que ha tiempo ama á Sofronia en silencio y sin esperanza, acude á reclamar para sí el suplicio, confesándose reo del crimen de que se acusa á su amada. Por vez primera los ojos de Sofronia se posan humanos y compasivos en el desdichado amante, á quien exhorta á desistir de su generoso artificio. Pero el iracundo rey grita: "Creo á los dos"; y, en efecto, sujetan á Olindo al mismo poste que á Sofronia, y en derredor el verdugo enciende y atiza la devoradora llama. Entonces Sofronia responde á las quejas ternizas que la dice Olindo con esta severa octava, digna de Beatriz, y templada al final con un amoroso y extático arranque:

.....  
 Amico, altri pensieri, altri lamenti  
 Per più alta cagion il tempo chiede.  
 Che non pensi a tue colpe, e non rammenti  
 Qual Dio prometta ai buoni ampia mercede?  
 Soffri in suo nome, e sian dolci i tormenti,  
 E lieto aspira alla superna sede.  
 Mira il ciel com'è bello, e mira il sole,  
 Ch'è se par che n'inviti e nè console.<sup>1</sup>  
 .....

(Ger, C. II.)

1 «Amigo, la ocasión pide, por altos motivos, otros pensamientos y otras quejas. ¿Por qué no piensas en tus culpas, y no recuerdas el premio soberano que Dios ofrece á los buenos? Sufre en el nombre de Dios, y séante dulces las torturas, y

Algunos críticos tachan de amanerada y fría esta exhortación, que tan bien dice con el carácter austero, grave y contemplativo de Sofronia. Olindo, más débil, más tierno, es todo pasión: Sofronia sonríe estoicamente ante la muerte, y su amante llora las delicias que deja con la vida. Al momento en que las lenguas de fuego de la pira lamen la orla del traje de Sofronia, llega en su brioso corcel la arrogante guerrera Clorinda, muy respetada de Aladino, é interponiendo su valimiento, salva del suplicio á Sofronia y Olindo, que, unidos por el lazo de la mutua abnegación, son esposos.

Clorinda es magistral creación de Tasso. Doncella andante, cuyo brazo fortísimo temen los varones en la lid; cuya belleza y recato envidian las mujeres, no soñó nunca la caballería figura más gallarda que la de Clorinda, ni fin más poético que su fin. Al lado de la fuerte heroína, contrastando con ella, se destaca otro tipo femenino, no menos interesante: el de Erminia. Erminia, tímida, dulce, asustadiza y graciosa como gacela joven, prendada y transida de amor, idílica y elegiaca en su melancolía, y Clorinda, denodada, resuelta, leal, inteligente y noble, ajena á las flaquezas de su sexo, con alma de fuego, músculos de acero y sentidos de nieve, se realzan recíprocamente como la perla nacarada y el puro diamante. Clorinda es más digna; Erminia más suave:

aspira alegremente á la silla en el Empíreo. Mira cuán hermoso está el cielo, y mira el sol, que parece que, consolándonos, nos llama á sí.»



Clorinda tiene algo de Juana de Arco, sobre todo al morir, cuando la alumbra la luz de la fe; Erminia se asemeja más á Briseida, la amante cautiva de Homero. Ambas son en su género perfectas: dudo que la fantasía pueda jamás crear dos personajes tan idealmente dramáticos como Erminia y Clorinda.

Sólo el genio atina con incidentes tan naturales y encantadores como la escena en que Erminia se disfraza con las armas y arnés de Clorinda para penetrar en el campo de los cruzados y poder informarse de si está herido Tancredo, á quien rindió apasionadamente su voluntad, desde que en la toma de Antioquía, donde reinaba el padre de Erminia, el paladín cristiano salvó á la pagana princesa vida, riquezas y honor.

.....  
 L' onorò, la servi, di libertate  
 Dono le fece il cavaliere egregio,  
 E le furo da lui tutte lasciate  
 Le gemme, e gli ori, e ciò ch' avea di pregio.  
 Ella vedendo in giovinetta etate  
 E in leggiadro sembante animo regio,  
 Restò presa d'amor.....<sup>1</sup>.

(Ger., C. VI.)

La rendida doncella, espiondo desde alta torre del alcázar de Jerusalén, ve de continuo el real y campamento de los cruzados, donde se

1 «El egregio paladín la honró, la sirvió, la concedió libertad, dejándole además cuanto oro y perlas y joyas poseía. Ella, al ver en edad juvenil y en lindo rostro ánimo tan noble, quedó cautiva y enamorada...»

halla su bizarro caballero; y cuando vienen á las manos sitiados y sitiadores, y Erminia presencia desde su atalaya la sangrienta pugna, tiembla de pavor de ver caer á Tancredo bajo los golpes de sus adversarios. Desasosegada otras veces por la imaginación, piensa que se halla Tancredo malherido, y que sólo las hierbas y medicinas aplicadas por su cariñosa mano pueden curarle. En estas angustias, apretada ya del afán más que contenida del recato, no pudiendo hallar reposo mientras por sus ojos no vea á Tancredo sano, salvo y libre de todo peligro en su tienda, divisa colgadas en trofeo la sobrevesta y bruñidas armas de Clorinda, vista que le arranca un suspiro de impaciencia y envidia. ¡Dichosa, piensa Erminia, la fuerte doncella! ¡Ella dichosa, á quien la larga faldamenta no estorba el paso, ni roban la libertad envidiosos muros! ¡Feliz ella, que si quiere ir adonde su deseo la dicta, no tiene que pararse roja de vergüenza y timidez! ¿Por qué el cielo no me ha dado á mí ánimo viril y miembros robustos que puedan sufrir cota, casco y militares arreos?

Con estas quejas y otras no menos dolientes, desahoga Erminia su inquietud, hasta que la asalta la idea de vestir las armas de Clorinda, y á favor de tal disfraz penetrar en el campo cristiano. Espoleada de su deseo, ofende con duro yelmo la dorada guedeja, martiriza la delicada garganta con rígida gola, esconde la nivea mano en herrado guantelete, y ayudada de las tinieblas nocturnas y fingiéndose la heroína,



sale de la ciudad sin mover á desconfianza á guardas ni centinelas, hechos á que la intrépida guerrera muchas veces pasase las puertas á deshora para llevar á cabo alguna hazaña en el real enemigo. Más no bien se desvía Erminia de las murallas de Jerusalén y se halla frente á frente con la medrosa sombra y el llano solitario, comienza á entender la temeridad de su intento y á darla terribles vuelcos el turbado corazón. Con todo, no retrocede: que sería maravilla retrocediese mujer puesta en tal caso. Sigue su rumbo, aunque azorada, y presto comienza á descubrir los pabellones de los cruzados. He aquí cómo el poeta describe el bello y sereno paisaje y el apacible esplendor de la quieta noche:

.....  
 Era la notte, e 'l suo stellato velo  
 Chiaro spiegaba e senza nube alcuna,  
 E già spargeva rai luminosi, e gelo  
 Di vive perle la sorgente luna '.

(Ger., C. VI.)

Entre el *silenzio amico*, entre el sosiego nocturno y la magnificencia de la tranquila naturaleza, el enamorado corazón de Erminia se desborda y surge de sus labios el hermoso y natural arranque:

1 «Era la noche, y su estrellado velo se desplegaba claro y sin la menor nube; y ya esparcía luminosos rayos y escarcha de vivas perlas la luna que asomaba...»

.....  
 ¡O belle agli occhi miei tende latine!  
 Aura spira da voi, che mi ricrea '.

(Ger., C. VI.)

Toda esta escena de Erminia es encantadora, así como la serie de emociones, tan lógicas y verdaderas, que agitan á la doncella, las alternativas de arrojo y temor por que va pasando, desde su primera y arriesgada resolución de vestir las armas, hasta su terror y fuga cuando los escuchas y forrajeadores del ejército la toman por Clorinda y la persiguen. La nocturna expedición de Erminia está calcada de lo vivo, estudiada en el alma misma de la mujer. Es un episodio del poema del sentimiento, rico é inagotable en inspiración verdadera. No falta quien crea que tan interesante pasaje de *La Jerusalén* es impropio de una epopeya, por su carácter lírico y subjetivo; pero—sobre que el tono de la obra de Tasso es siempre un lirismo elevado á lo heroico, y, por consecuencia, el episodio de Erminia se halla en armonía con el resto del poema—bien pudiéramos decir que en toda epopeya se halla alguna nota puramente lírica que suele realzarla: tal es la tierna despedida de Andrómaca en la *Iliada*, los infelices amores de Dido en la *Encida*, la historia de Francesca en el *Infierno*. No de otro modo vemos engarzada en resplandeciente diadema de oro una perla.

1 «¡Oh, tiendas latinas, hermosas á mis ojos! El aura que exhaláis me recrea...»



Erminia es hija legítima de la mente de Tasso, lírica y gemidora como ella. En la mal pagada pasión que arrastra á Erminia hacia Tancredo, parece que se refleja la del poeta por Leonor, afecto quejoso y triste, en cuya misma melancolía bebe el alma dulzura inefable. No es apetito ó antojo fugaz que trata de hallar satisfacción, sino anhelo del alma, especie de elegía continua, sueño perpetuo que erró el camino, tomando por ideal á un ser terrestre. Es afán ultramundano, fantasma cuyas alas de éter y luz se quiebran entre los dedos de la realidad; y así como el espíritu de Dante, volando por cima de Beatriz, se dirige á la infinita Inteligencia, así el de Tasso, dejando atrás á Leonora, aspira á arribar á las esferas del infinito Amor. De suerte que Dante, alumbrado por el raciocinio, piensa y especula, y Tasso, rendido por la emoción, se declara presa de un *non so chè*, un ansia indefinible, obscura, profunda, que se evapora en suspiros, lágrimas, ternezas, elegías é idilios. Es toda la Edad Moderna que se anuncia con sus misterios, sus inquietudes, sus dolores.

En efecto, hasta la poesía campestre y pastoril, tan risueña, embalsamada y fresca en los clásicos antiguos, es en la lira de Tasso patética y doliente. Ni la rústica zampoña, ni la silvestre avena, resuenan en sus versos con el alegre tono que en los de Virgilio. Un velo de melancolía se tiende sobre las galas del prado y del otero cuando Erminia, huyendo precipitadamente y á uña de caballo de los cruzados que

la dan caza, se pierde en los intrincados senderos de un espeso bosque, y viene á dar á la caña de unos pastores. Al furioso galope de su corcel, cruzada la selva, hállase la azorada doncella orillas del Jordán, en un retiro amenísimo, donde al amanecer, entre el canoro piar de las avecillas, el blando murmurio del agua, á la sombra de floridos y frondosos arbustos, topa con un anciano pastor, rodeado de tres hermosos niños que cantan. Mientras ellos elevan su voz pura, la Naturaleza los festeja con los esplendores del día que despunta radiante. Saltan los plateados peces en las claras ondas, los cabritillos pacen la hierba mullida y sabrosa, los rosales silvestres, cuajados de leve rocío, derraman fragancia, y en parca mesa dispuesta para el desayuno humean los toscos cuencos repletos de tibia y espumosa leche. Erminia, acogida con cariño por la sencilla gente que allí vive ignorando el estruendo bélico, y por el viejo pastor, desengañado del mundo, depone la grave ajena armadura, y acomodándose á ocupación más conforme á sus gustos, viste el pellico y el zagalejo de pastora, y con el cayado aprende á traer al redil las ovejuetas, que, dóciles á su voz, la siguen por aquellas soledades. Entonces Erminia asocia la apacible campiña á sus quejas y dolores. Los valles repiten sus querellas; los mansos arroyuelos beben sus cristalinas lágrimas; el ganadillo con balido suave corea sus suspiros; las rocas, menos insensibles que el corazón del paladín, devuelven con eco fiel sus lamentaciones, y los troncos



nudosos de los árboles ven entallado en su corteza el nombre de Tancredo. Así, en vez de la musa de la antigua égloga, ceñida de espigas y amapolas, que en su mano ostentaba la colorada poma y rubio racimo, inspira á Tasso el genio lastimero de la elegía campestre, y su alma entristecida llora en el mismo cáliz de las flores y en la misma hermosura de la Creación.

## VIII

Complemento del carácter de Erminia y del ideal de Tasso es Tancredo. Encarnación del espíritu caballeresco, Tancredo tiene, como Erminia, alma excesivamente apasionada y lírica. El mismo culto exaltado que la princesa de Antioquía consagra al generoso paladín, dedica éste á la indiferente y fiera Clorinda, en cuyo peto de acero se embotan los dardos del ciego rapaz. La afición desdichada de Tancredo á Clorinda presta á Tasso asunto para dramáticos episodios, en que la magia de la fantasía compite con lo profundo del sentimiento. La pintura no puede copiar escena más bella que la del primer encuentro de Tancredo con Clorinda, rápida y felizmente descrito en el canto I de *La Jerusalén*. El día en que Tancredo hubo vencido á los persas tras encarnizada y larga batalla, cansado ya de perseguir á los fugitivos, ebrio del júbilo de la victoria, pero rendido á punto de muerte, desvióse algo de los suyos, y abrasado de sed, fué en busca de un manantial en cuyas aguas se refrigerase y bañase rostro, manos y labios, que tenía cubiertos de polvo y sangre denegrida. Al fin, en un lugar